

II. CLÍNICA DEL ODIO



© Jim Amaral | Poeta muerto 9 | 1995 | 58,5×51×30 cm | Bronce | Fotografía: archivo del artista.



© Jim Amaral | Caleidoscopio, manuscrito imaginario: ¿hombre con signos de interrogación? | 2015
| 30×21 cm, 48×38 cm con marco | Lápiz y acuarela sobre papel | Fotografía de Diego Amaral Ceballos

La psicosis paranoica y el odio como hecho clínico



David Moscovich*

Escuela Dis-cordia de Psicoanálisis, Buenos Aires, Argentina

La psicosis paranoica y el odio como hecho clínico

Paranoid Psychosis and Hate as a Clinical Fact

La psychose paranoïaque et la haine comme un fait clinique



El presente texto trata de situar el fenómeno del odio como hecho clínico, en el marco de la sesión analítica de un caso de psicosis paranoica. Para ello se analizan las relaciones entre el sujeto, el odio y la cultura, teniendo en cuenta siempre las extensas referencias freudianas a las relaciones entre el fenómeno del odio y la paranoia.

Palabras clave: odio, paranoia, sujeto, cultura, delirio.

The article attempts to situate the phenomenon of hate as a clinical fact, within the framework of the analytical session in a case of paranoid psychosis. To that effect, it analyzes the relations among the subject, hatred, and culture, always taking into account the numerous Freudian references to the relations between the phenomenon of hate and paranoia.

Keywords: hate, paranoia, subject, culture, delusion.

L'article essaie de placer le phénomène de la haine comme un fait clinique, dans le cadre de la séance analytique d'un cas de paranoïa. Les relations entre le sujet, la haine et la culture sont analysés toujours par rapport aux si vastes références freudiennes aux liens entre la haine et la paranoïa.

Mots clés: haine, paranoïa, sujet, culture, délire.

CÓMO CITAR: Moscovich, David. "La psicosis paranoica y el odio como hecho clínico". *Desde el Jardín de Freud* 19 (2019): 109-116, doi: 10.15446/djf.n19.76700

* e-mail: dalupsi@yahoo.com.ar

© Obra plástica: Jim Amaral



1. Sigmund Freud, "Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*dementia paranoides*) autobiográficamente escrito" (1910 [1911]), en *Obras completas*, t. II (Madrid: Alianza, 1971), 48.

2. *Ibíd.*, 69.

La psicosis paranoica nos ofrece la inestimable oportunidad de analizar el fenómeno del odio como hecho clínico y en una dimensión doble: como algo experimentado por el sujeto a consecuencia de su interpretación delirante, pero también el odio en calidad de vector de las relaciones del sujeto con la cultura. En este último sentido, la paranoia nos abre las puertas de un terreno que se encuentra vedado en la melancolía, entidad clínica que también se presta muy bien a la investigación del odio, pero en cuanto este se dirige con exclusividad al propio yo del sujeto que se ha identificado con el objeto perdido y se ofrece, por así decir, al maltrato feroz del superyó, expresión de la pulsión de muerte.

Ha llegado hasta mí, cosa inhabitual, por cierto, un caso de paranoia que me servirá para ilustrar el análisis de esa dimensión doble del odio. Tenemos entonces algunos elementos centrales que van a orientar este recorrido: el sujeto, el odio y la cultura. Las relaciones entre el odio y la paranoia son extensamente desarrolladas por Freud en el caso Schreber. En ese trabajo plantea la hipótesis de que la causa de la enfermedad consiste en el avance de la libido homosexual —sexualización de las tendencias sociales, escribe en otro lugar del trabajo— y que la defensa del sujeto frente a ese impulso termina por explicar la fenomenología de la paranoia:

La motivación de la enfermedad fue, pues, un avance de la libido homosexual, orientada, probablemente desde un principio, hacia el doctor Flechsig como objeto, y la resistencia contra este impulso libidinoso creó el conflicto del que surgieron los fenómenos patológicos.¹

Freud recurre al análisis de lo que llama el complejo del padre para explicar algunas de las constelaciones del caso, pero todo esto no constituye todavía nada específico de la paranoia:

Hemos examinado hasta ahora el complejo paterno dominante en el caso de Schreber y la fantasía optativa central de la enfermedad. No hay en todo ello nada característico de la paranoia, nada que no podamos encontrar en otros casos de neurosis y no hayamos encontrado realmente en ellos.²

El perseguidor odiado —pero que primero exterioriza su odio sobre el sujeto, según la interpretación del sujeto— es el hombre anteriormente amado, sustituto del padre. Señala entonces Freud, al explicar las formas de contradicción a la frase:

“Yo (un hombre) le amo (a un hombre)”, que en el delirio persecutorio, la deformación consiste en una transformación del afecto: aquello que debía de ser sentido interiormente como amor es percibido como odio procedente del exterior.³

Recorre entonces al mecanismo de la proyección, primero, y al de la represión, después, para explicar la “peculiaridad” de la paranoia. Pero a estas alturas del desarrollo freudiano no puede establecerse con claridad una diferencia neta entre neurosis y psicosis. Sin embargo, agrega esta enigmática reflexión: “No era correcto decir que la sensación interiormente sofocada es proyectada hacia afuera; más bien entendimos que lo cancelado adentro retorna desde afuera”⁴. Lo que retorna en lo Real es la castración forcluída. Y, además, habiéndose producido una inversión del afecto. Odio proveniente del lugar del Otro, y la respuesta del sujeto: odio al padre, en lugar del amor, entendiendo que el amor al padre sería la condición para la inscripción, en el registro simbólico del sujeto, de la castración.

En todo el historial Freud profundiza en el análisis del conflicto de ambivalencia de Schreber con su padre. No se trata entonces en la paranoia de concebir a la homosexualidad en cuanto elección de objeto, sino más bien desde la perspectiva del amor: amor al padre, condición del significante que no está, y retorno en lo Real. Recuérdese el argumento de *Tótem y tabú*: la prohibición de goce que se derivaba del despotismo del padre primordial se refuerza a *posteriori* de su asesinato —acto fundante de la cultura y, en particular, de la religiosidad— porque los hermanos no solo lo odiaban, sino que también lo amaban (conflicto de ambivalencia). Por ello, nos dice Lacan que el padre simbólico es el padre muerto. En este sentido, y según lo señalado acerca del mito freudiano, la castración (ausente en la psicosis) se deriva, en un tiempo mítico también, del amor, considerado como condición estructural que funda la cultura del padre. Es decir, es el mundo de la significación fálica al que no accede la psicosis en virtud de la ausencia (forclusión) de ese significante primordial.

Aquí el amor al padre que se expresa en el mito es condición de estructura para el acto fundacional, podemos decir, de la cultura del falo y, por lo tanto, de la inscripción de la castración. Justamente, en la psicosis, lo que retorna en lo Real es la castración forcluída, no inscrita en el universo simbólico del sujeto. Y el retorno se expresa, como señala Lacan en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”⁵, cuando Un Padre se presenta en lo Real, coyuntura dramática para el sujeto, lo cual, al evidenciar el agujero en el cuerpo del significante, le abre

3. *Ibíd.*, 79.

4. *Ibíd.*, 85.

5. Jacques Lacan, “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis” (1955-1956), en *Escritos* 2 (Buenos Aires: Siglo XXI, 2003).

las puertas al desastre creciente de lo imaginario. Aquí, en este preciso punto, ubico la dimensión imaginaria del amor que se manifiesta en ese desastre de lo imaginario, consecuencia de la ausencia de la castración que, como ya señalamos, se deriva del amor (Amor con mayúscula, podríamos escribir, para resaltar su dimensión simbólica en este específico caso) al padre, pero en cuanto condición de la inscripción de la castración. Es decir que en términos estructurales el amor y la castración edifican un binario esencial. Al fallar en este punto la relación con el Otro, aparece en la psicosis ese desastre creciente de lo imaginario que surge de la tensión narcisista expresada en el vector $a-----a'$. Veremos cómo esto se manifiesta en el caso que aquí se presenta.

Si no está el significante del Nombre del Padre, ¿cómo se las arregla el sujeto para regular el goce en exceso que proviene del lugar del Otro? A juzgar por las enseñanzas de Freud en el caso Schreber, el odio parece surgir como pasión en el sujeto a consecuencia de la pérdida de la realidad, es decir, del derrumbe de su mundo, de su orden. El mundo del paranoico es ordenado, y la aparición de Un Padre en lo Real es lo que produce el desastre subjetivo, que va a intentar recomponer el trabajo del delirio. En este sentido, el odio puede constituirse en indicador clínico de que algo se ha desatado en términos de retorno en lo Real y fenómeno elemental.

C. es un paciente de 50 años que viene a la consulta enviado por su mujer. Hace varios años yo atendí a uno de sus hijos y recuerdo claramente la posición de C. frente a ese análisis, cuando concurrió con su esposa al consultorio frente a mi requerimiento: yo debía ordenar al niño, hacerlo volver a la senda del deber, del bien hacer familiar; su mujer se mostraba completamente sometida a su mandato. Y el niño, que revelaba su angustia a través de un mal desempeño escolar, era para C. un vago, un inútil y alguien sin futuro si no se hacía algo para encarrilar a este chico de 10 años.

Ahora se presenta a estas entrevistas para brindar su testimonio: el orden familiar está quebrado por culpa de su mujer, que lo viene agrediendo psicológicamente desde hace algún tiempo, pero todo llegó al colmo cuando ella quiso pegarle al descubrir que él estaba viendo a otra mujer con la que tenía una aventura amorosa. Cuando fue sorprendido, C. aceptó la realidad de la situación, pero se defendió diciendo: “vos te pusiste un negocio, con mi dinero y descuidaste el hogar. Tenías que estar en casa esperando mi regreso del trabajo, atendiendo a los chicos, y fallaste. Vos te pusiste un negocio, yo me busqué una novia”.

Algo se sale de lugar cuando su mujer decide tomar una iniciativa personal. Y señala que engañar a su mujer fue el modo que encontró en ese momento para exteriorizar el odio que experimentó ante la falta de ella, similar al que sintió cuando años antes su hijo varón también le había fallado. Con el correr de las sesiones se

refiere a varias explosiones de ira en el pasado; pero todas ellas han estado plenamente justificadas —incluyendo las severas golpizas a su mujer o a sus hijos— dado que “el orden se había alterado y todo corría peligro”. Con respecto al episodio del negocio, instalado para él en una dimensión imaginaria a la que responde con su aventura amorosa, no manifiesta ninguna reacción de arrepentimiento o sentimiento de culpa. No se localiza como sujeto responsable ni se implica en lo sucedido. Sí sostiene con vehemencia el reproche hacia ella, y a ella también le exige la solución: “o dejás el negocio, o ponés una empleada, pero tenés que estar en casa. Es tu rol de esposa y madre”. C. es un hombre de dinero. Continuador de la fábrica que montó su abuelo y agigantó su padre, posee millones y grandes inversiones en construcción. Hace meses que no le dirige la palabra a su hija mayor y se lleva muy mal con su hijo varón:

[...] son dos fracasados que tienen todo servido, autos, lujos, viajes. Mi hijo es un vago, un fracasado. No tiene pasta para continuar con la fábrica, la tradición familiar. Siento vergüenza por él. Mi hija es otra fracasada, sale con un perdedor que no le va a dar nada. Me siento traicionado. Mi mujer me traicionó, ella es la responsable del fracaso de mis hijos. Su familia no tiene conducta. No viene de buena madera.

Es claro que la “buena madera” es la de su familia de origen a la que describe como “superior en mucho a la de mi esposa, con una conducta de vida. Mi padre me castigaba a golpes si me desviaba del camino. Así se construye una familia”. Es decir, sus hijos, al estar contaminados por la impureza de la familia de su esposa, son claramente inferiores e incapaces de darle continuidad a la estirpe familiar de C. Recordemos, al pasar, el orgullo de Schreber en referencia al linaje familiar y su expectativa delirante de fundar una nueva raza a partir de los hijos de su espíritu. Qué interesante es lo que al respecto señala Deleuze, en el sentido de que el delirio paranoico es siempre un delirio racial, de supremacía, de pureza. Así lo señala el autor en estos términos:

El primer paranoico es el padre de Schreber. El paranoico no es alguien que se ocupe de su hijo [...]. El nudo del delirio paranoico es: Hagamos una raza pura. El paranoico tiene la impresión de que todo está en decadencia: Ya no hay arios puros. Sólo en segundo lugar, cuando ve a su pequeño, él aplica, se desata como el gran pedagogo, el gran restaurador de las razas. El padre de Schreber ha comenzado en otra dimensión, la deriva del campo social: Este mundo está perdido, rehagamos la raza pura.⁶

Esta perspectiva resulta esencial para la inteligencia del caso y nos ilustra acerca de las relaciones del sujeto con la cultura a través del odio. El odio es la expresión de su desestabilización, de la conmoción de su ordenado mundo, y a la vez el motor que reconstruye ese orden. La raza pura, para C., es la de su linaje familiar. El paranoico

6. Gilles Deleuze, *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia* (Buenos Aires: Cactus, 2005).

se presenta como un garante del orden y la regularidad. Como Rousseau, el gran reformador, el padre del contrato social. En esta misma línea ubico a mi paciente.

La querella que este hombre mantiene con su mujer resulta, según mi hipótesis, una expresión de su psicosis paranoica. Pero se trata solo de una hipótesis. Ahora bien, ciertos elementos clínicos la refuerzan: él siente que el hecho de que su mujer pusiera un negocio es algo que está dirigido a su persona y lo afecta profundamente en su ser. Lo mismo dice de la reacción de su esposa cuando descubre el engaño: ella se lo hace a él, lo agrede, y ni considera otro argumento alternativo que encarrile los acontecimientos en el terreno de la dialéctica. Podemos pensar, entonces, que se trata de fenómenos de significación personal, interpretaciones delirantes.

Ya he señalado que C. es un sujeto violento: varias veces le pegó a su mujer y también a sus hijos. La tensión agresiva con el semejante, propia de una regresión al estadio del espejo, se impone como algo estructural: tuvo un problema con un vecino por un árbol que perdía sus hojas y estas caían en su patio. Entonces, como no obtuvo respuesta acorde a sus deseos, salió a la calle con un arma en la cintura, lo fue a buscar, lo amenazó y le dijo: “o vos o yo”, lo cual ilustra la regresión antes mencionada, sin mediación simbólica. La misma lógica que sostiene con relación a lo familiar es aplicada al orden social y cultural por C. El mundo se encuentra en caos porque la institución familiar ha perdido el rumbo. Su propio universo se ha desordenado a partir de que su mujer decidió ponerse un negocio. Y la alteración de ese orden y esa regularidad delirantes provocó la reacción de odio, repetida en la historia del paciente. Vemos que el odio en cuanto afecto del sujeto es la expresión y la respuesta a un retorno en lo Real que lo abruma.

El desorden provocado por su mujer hace las veces de elemento de desestabilización de la paranoia. Lo que siente interiormente como amor, podemos decir parafraseando a Freud, es sentido como odio procedente del exterior. Frente a lo cual, por presentarse en el circuito de lo imaginario, el sujeto responde, a la vez, con odio. Es cierto que las referencias freudianas no alcanzan para establecer con claridad la diferencia de estructura entre neurosis y psicosis. Pero el dato que sigue, referido a la infancia del sujeto, resulta revelador. En todo caso, promueve la discusión diagnóstica. Hay un hecho significativo de su niñez. Recuerda que a los 5 o 6 años acompaña a su padre a la fábrica familiar, “y me pasó la cosa más hermosa de toda mi vida: vi esa cinta, la línea de montaje, y desde ese momento todo cambió para mí. Sentí una profunda transformación interior”. A partir de ello, no dejó de seguir al padre en lo atinente a la fábrica e iba para allí todas las tardes al salir de la escuela. A los 13 años comenzó a trabajar en la fábrica, y esta pasó a ser el centro de su vida. No tenía amigos y era feliz.

Yo veía a los otros chicos jugando a la pelota en la canchita de enfrente, y me decía, qué estúpidos que son, cómo pierden el tiempo, desperdician su vida. Al final el tiempo me dio la razón, ahora los veo puchereando, son unos fracasados, y yo tengo lo que quiero, una fábrica con 150 empleados. Por eso soy superior y triunfé en la vida. Solo dos veces en mi vida me pasó de ir a la cocina y no encontrar a mi madre, donde tenía que estar.

Habla con orgullo de esta omnipresencia del Otro. “Mi viejo trabajaba de lunes a lunes, sin descansar”. Y, de hecho, él repite la historia ya que no concibe otro orden posible: “Mi vida es como la línea de montaje”. Interrogado por este elemento, por el significado de la línea de montaje en el proceso productivo de la fábrica, su respuesta resulta notable: la vida se identifica con ella, pero no hay ninguna asociación al respecto. Nada que decir, nada que asociar con la línea de montaje. Se trata de un elemento sin dialéctica y, por ello, lo ubicamos como una holofrase. Es la vida misma. Si eso no está, lo que resta es la muerte. Claramente, es un elemento que sostiene la estructura considerada como suplencia del significante del padre que no hay. La línea de montaje es una máquina sin dialéctica para C. Es eso que funciona, produce, ordena, y lo que queda por fuera de ella está destinado al fracaso. Entonces, la línea de montaje es en la vida de C. el elemento que ordena, en cuanto significante ideal, dada la ausencia del Nombre del Padre. El negocio de su mujer, las malas notas de su hijo generan el desorden, el desarreglo en las relaciones del sujeto con la cultura. En este punto, irrumpe el odio, como pasión subjetiva que se constituye en correlato afectivo de una falla. Dicho de otro modo: cuando falla la línea de montaje, cuando el mundo ordenado y perfecto de este paranoico se pone en cuestión, el odio se presenta como indicador clínico de que algo se ha desatado en términos de retorno en lo Real. Y el sujeto se esfuerza por recomponer el orden cuestionado o perdido, y en este punto se hace esclavo del Otro de la cultura, pero de una cultura sin tachar, sin fallas, esa que conviene a la paranoia, por lo menos en nuestro caso. Para C. la cultura, el trabajo, la familia deben funcionar como una máquina, en nuestro ejemplo la línea de montaje. El odio como hecho clínico nos enseña que la máquina ha dejado de funcionar, al menos durante cierto tiempo.

Creemos que este caso resulta interesante con relación a lo planteado al comienzo del escrito: invita a investigar las relaciones del sujeto con la cultura desde la perspectiva del orden social y su posible relación con el odio en calidad de afecto extremo del sujeto. Por eso se presenta un caso de paranoia, o al menos esa es la hipótesis diagnóstica que se sostiene. Las referencias de Deleuze resultan esenciales para la cuestión. El ejemplo más extremo, el nazismo, se sostuvo quizá desde la construcción delirante acerca del establecimiento de un nuevo orden social, el de la raza pura,



eliminando a los elementos desordenados e inadecuados. Lo mismo encontramos en Schreber y, en mucha menor intensidad, en el paciente C.

BIBLIOGRAFÍA

Deleuze, Gilles. *Derrames. Entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires: Cactus, 2005.

Freud, Sigmund. "Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (*dementia paranoides*) autobiográficamente escrito" (1910

[1911]). En *Obras completas*. T. II. Madrid: Alianza, 1971.

Lacan, Jacques. "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis" (1955-1956). En *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

